



Vivimos en una época fascinada por lo oculto. Series, redes sociales y libros de autoayuda hablan constantemente de “energías”, “intuiciones”, “mensajes del universo” o “señales”. En este contexto, la palabra *premonición* aparece con frecuencia: esa sensación de que algo va a suceder antes de que ocurra.

Pero, ¿qué dice la teología católica tradicional sobre las premoniciones?

¿Son reales?

¿Son de Dios?

¿Son simple sugestión psicológica?

¿Pueden ser peligrosas?

Este artículo quiere ofrecer una respuesta profunda, rigurosa y pastoralmente clara. No para alimentar la curiosidad, sino para formar la conciencia. Porque en el discernimiento está la diferencia entre la gracia y el engaño.

1. ¿Qué entendemos por “premonición”?

En lenguaje común, una premonición es:

- Un presentimiento intenso sobre un acontecimiento futuro.
- Una advertencia interior que no procede de un razonamiento lógico.
- Una intuición fuerte que parece anticipar algo.

No todas las premoniciones son iguales. Desde un punto de vista cristiano, conviene distinguir cuidadosamente:

1. **Intuiciones naturales** (derivadas de la experiencia o sensibilidad psicológica).
2. **Advertencias providenciales** (inspiraciones que Dios puede permitir).
3. **Sugestiones emocionales o ansiosas.**
4. **Influencias espirituales no divinas** (que requieren discernimiento serio).

La Iglesia siempre ha sido extremadamente prudente con estos fenómenos. No niega la posibilidad de que Dios pueda advertir o preparar un alma para algo futuro. Pero también recuerda que el demonio puede imitar luces para sembrar confusión.



2. ¿Existe fundamento bíblico para las premoniciones?

La Sagrada Escritura muestra numerosos casos donde Dios revela acontecimientos futuros. Pero atención: no son “premoniciones” en sentido ambiguo, sino **revelaciones claras dentro del plan salvífico**.

Algunos ejemplos:

- Los sueños proféticos del Antiguo Testamento.
- Las advertencias divinas a los profetas.
- Las revelaciones en sueños a San José.

En el Evangelio leemos:

“Cuando se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: ‘Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto’.” (Mateo 2,13)

Aquí no hay superstición, sino **intervención providencial clara y verificable**.

También encontramos el principio teológico en:

“Porque nada hace el Señor Dios sin revelar su secreto a sus siervos los profetas.” (Amós 3,7)

Sin embargo, debemos entender bien algo esencial:

La Revelación pública terminó con Cristo y los Apóstoles.

Cualquier advertencia posterior pertenece al ámbito de las revelaciones privadas, que nunca añaden nada esencial a la fe.



3. La diferencia crucial: revelación divina vs. curiosidad espiritual

Aquí entramos en terreno delicado.

La Iglesia condena explícitamente:

- Adivinación.
- Espiritismo.
- Consulta a médiums.
- Prácticas esotéricas.
- Interpretación supersticiosa de señales.

El Catecismo es claro al respecto (cf. CIC 2116-2117): buscar conocer el futuro fuera de Dios es un pecado contra el primer mandamiento.

¿Por qué?

Porque implica falta de confianza en la Providencia.

Una cosa es que Dios advierta.

Otra muy distinta es que el hombre quiera forzar el conocimiento del futuro.

4. ¿Puede Dios permitir una advertencia interior?

Sí, pero con condiciones muy claras.

En la tradición espiritual —desde los Padres del Desierto hasta grandes maestros como San Juan de la Cruz o Santa Teresa de Jesús— encontramos un principio constante:

Dios puede conceder luces interiores, pero el alma no debe desearlas ni apoyarse en ellas.

San Juan de la Cruz advierte con firmeza que quien busca revelaciones extraordinarias se expone al engaño.



En la vida de algunos santos encontramos casos de advertencias interiores sobre peligros, muertes o acontecimientos. Pero siempre aparecen acompañadas de:

- Humildad.
- Obediencia.
- Discernimiento eclesial.
- Ausencia total de curiosidad morbosa.

Nunca son espectáculo.

Nunca son entretenimiento.

Nunca son autoafirmación espiritual.

5. El peligro moderno: ansiedad disfrazada de revelación

En nuestro contexto actual —marcado por crisis, incertidumbre y sobreinformación— muchas “premoniciones” no son espirituales, sino psicológicas.

La ansiedad puede generar:

- Sensación constante de catástrofe inminente.
- Hipervigilancia.
- Interpretación exagerada de coincidencias.
- Necesidad de control.

Muchos confunden miedo con intuición.

La diferencia es clara:

Ansiedad	Inspiración divina
Genera angustia	Produce paz interior
Obsesiona	Ilumina serenamente
Lleva al control	Invita a confiar
Aísla	Conduce a Dios

Recordemos las palabras de Cristo:



“No se turbe vuestro corazón ni tenga miedo.” (Juan 14,27)

Dios no actúa sembrando pánico constante.

6. El discernimiento espiritual: la clave

La teología católica ofrece un instrumento precioso: el discernimiento.

Según la tradición ignaciana (San Ignacio de Loyola), todo movimiento interior debe ser examinado según sus frutos:

- ¿Aumenta la fe?
- ¿Fortalece la esperanza?
- ¿Incrementa la caridad?
- ¿Conduce a mayor humildad?

Si una “premonición” produce orgullo (“yo tengo un don”), miedo crónico o deseo de protagonismo, no proviene de Dios.

Además, la Iglesia insiste en que cualquier fenómeno extraordinario debe ser sometido a:

- Director espiritual prudente.
- Confesor experimentado.
- Criterio eclesial.

El aislamiento es terreno fértil para el error.

7. Providencia divina vs. necesidad de controlar el futuro

En el fondo, la obsesión por el futuro revela algo más profundo: miedo.

El cristiano vive de esta certeza:



“Sabemos que todo coopera para el bien de los que aman a Dios.”
(Romanos 8,28)

La fe no elimina el sufrimiento.
Pero elimina el pánico.

Dios no nos pide conocer el futuro.
Nos pide confiar en Él hoy.

La obsesión por anticipar todo es incompatible con la infancia espiritual.

8. ¿Qué hacer si tengo un presentimiento fuerte?

Desde un enfoque pastoral riguroso:

1. No actuar impulsivamente.
2. No comunicarlo como si fuera revelación divina.
3. Examinar el estado emocional propio.
4. Orar con serenidad.
5. Consultar a un sacerdote prudente si persiste.

En la mayoría de los casos, los presentimientos fuertes son:

- Intuiciones psicológicas.
- Percepciones inconscientes de datos reales.
- Sensibilidad emocional elevada.

Y eso no es pecado. Es parte de nuestra naturaleza.

El problema comienza cuando se absolutizan.



9. Premoniciones y vida sacramental

El verdadero “anticipo” cristiano no es adivinar el futuro.

Es vivir en gracia.

Los sacramentos nos preparan mejor que cualquier premonición:

- La confesión nos prepara para la muerte.
- La Eucaristía nos une al Cielo.
- La oración nos coloca en la voluntad de Dios.

La mejor preparación ante lo desconocido no es saber qué ocurrirá, sino estar en amistad con Dios.

10. Aplicaciones prácticas para la vida diaria

En lugar de buscar señales extraordinarias, el cristiano puede:

1. Practicar abandono confiado

Repetir diariamente:

“Señor, que se haga tu voluntad.”

2. Combatir la ansiedad con vida sacramental

Frecuencia en la confesión y comunión.

3. Evitar contenidos esotéricos

Aunque se presenten como “inofensivos”.

4. Cultivar discernimiento

No todo sentimiento es inspiración.



5. Vivir preparado espiritualmente

No con miedo, sino con fidelidad cotidiana.

11. La gran verdad: la única certeza segura

Hay algo que sí sabemos con certeza: Cristo volverá.

Pero incluso aquí, Jesús nos advierte:

┆ *“En cuanto a ese día y esa hora, nadie lo sabe.” (Mateo 24,36)*

El cristiano no vive intentando descifrar el calendario de Dios.

Vive vigilante.

Y vigilante no significa ansioso.
Significa fiel.

12. Conclusión: más confianza, menos curiosidad

Las premoniciones pueden existir en ciertos casos excepcionales permitidos por Dios. Pero no son el camino ordinario de santidad.

El camino ordinario es:

- Oración diaria.
- Sacramentos.
- Caridad concreta.
- Confianza en la Providencia.

En un mundo obsesionado con el control, el cristianismo propone algo revolucionario:



¿Habla Dios antes de que ocurra? Premoniciones, presentimientos y discernimiento cristiano en tiempos de confusión | 9

Confiar.

No necesitas saber qué pasará mañana para ser santo hoy.

La verdadera luz no es anticipar el futuro.
Es caminar con Cristo en el presente.

Y eso basta.